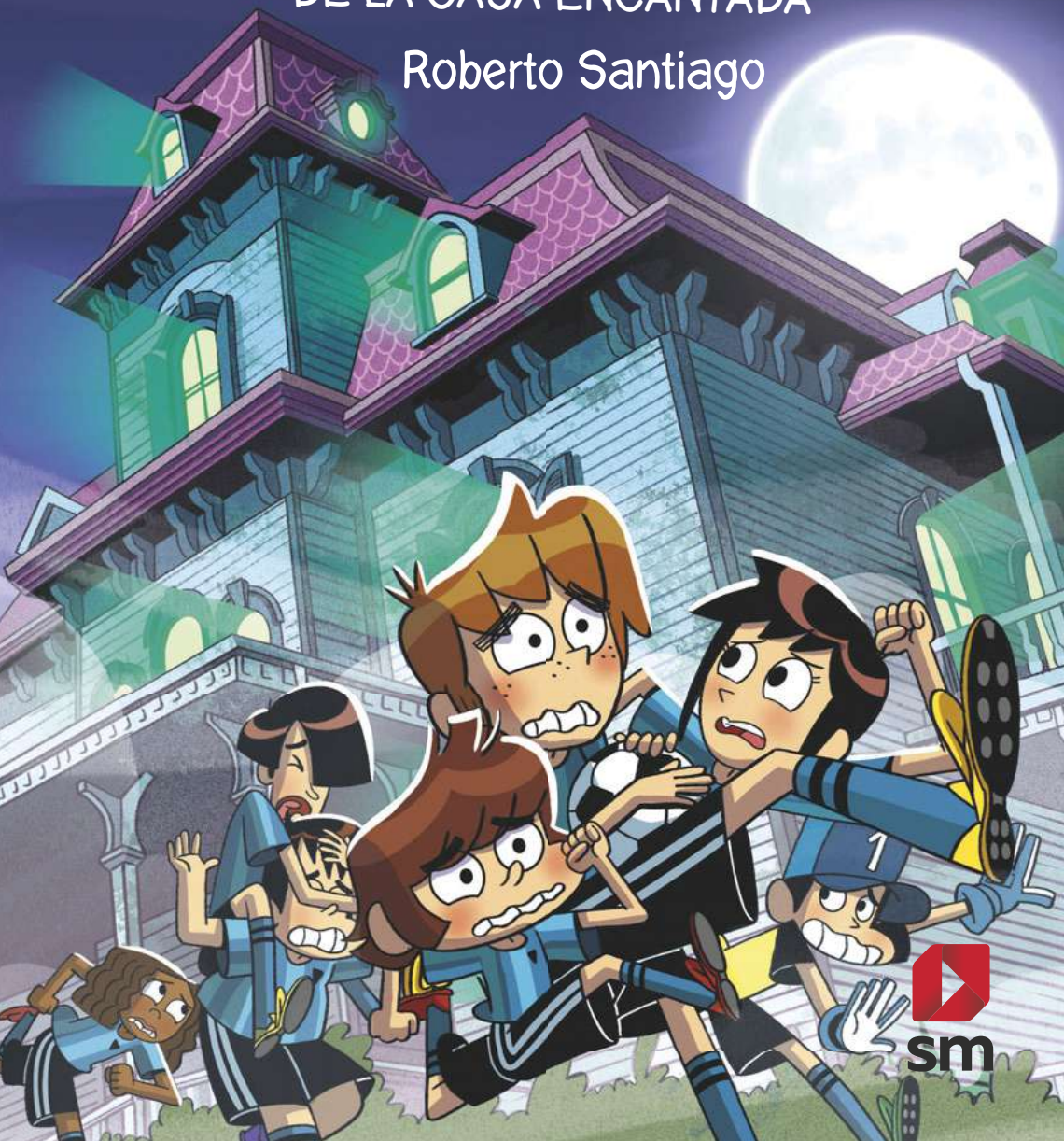


LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DE LA CASA ENCANTADA

Roberto Santiago



sm

LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DE LA CASA ENCANTADA

Roberto Santiago





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: junio de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez
Dirección de arte: Lara Peces

Ilustraciones de Carlos Lluch basadas
en el diseño gráfico original de Enrique Lorenzo
Colorista: Santiago Lorenzo

Este libro fue publicado por mediación de Dos Passos Agencia Literaria.

© del texto: Roberto Santiago, 2023
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9856-491-4
Depósito legal: M-4311-2023
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







1

Me llamo Francisco García Casas, aunque todo el mundo me llama Pakete desde que fallé cinco penaltis seguidos en la Liga Intercentros.

Tengo once años.

Y voy a jugar al fútbol en una casa encantada.

Se llama Casa Palomares y está a las afueras de nuestro pueblo.

Es una casa enorme, viejísima, oscura y abandonada desde hace años.

Mis compañeros del Soto Alto F.C. y yo nos hemos colado en la casa.

La idea se le ocurrió a Toni, el máximo goleador del equipo.

«A que no os atrevéis a jugar un partido en Casa Palomares», dijo.

Todo el mundo sabe que, cuando alguien dice «a que no te atreves», no queda más remedio que aceptar el reto.

Sí o sí.

Aquí estamos.

¡Dentro de la casa encantada!

¡En plena noche!

Hemos cruzado la valla exterior en silencio.

En lo alto del cielo, la luna llena ilumina el jardín lleno de matorrals y hierbas.

Después hemos empujado la puerta principal, que hace un ruido horrible, como «iiiiiiiiiiiiiiii», y nos hemos colado.

—Ha sido la peor idea de todos los tiempos —murmura Angustias, el lateral derecho, asomándose entre los muebles llenos de telarañas.

Angustias siempre está un poco... angustiado.

Pero en este caso tiene razón.

La sangre se te huela nada más poner el pie en la mansión abandonada.

La casa está llena de estatuas, lámparas y muebles muy viejos cubiertos de polvo, que proyectan sombras retorcidas e inquietantes.

El viento de la sierra parece más frío al entrar en la casa y recorrer sus pasillos y galerías.

El polvo y las telarañas lo cubren todo.

La mayoría de las ventanas tienen los cristales rotos.

Las maderas crujen como si el suelo aullara...

Se dice que un fantasma vive en su interior.

Por lo visto, el primer habitante se obsesionó con la casa, perdió la razón y un día desapareció, sin más. Nunca le encontraron.

Desde entonces, una maldición persigue a todo el que ha vivido en Casa Palomares o la ha visitado.

Hemos aceptado el reto de Toni.

Vamos a disputar un partido de uno de nuestros juegos favoritos: «que no toque el suelo».

A ver, no es exactamente un partido.

Pero mola mucho.

Formamos dos equipos:

En el primero, Camuñas, el portero titular; Angustias; Helena con hache y yo.

El otro equipo lo componen Toni; Marilyn, la capitana; Tomeo, defensa central; Anita, la segunda portera y sabelotodo oficial, y Ocho, el eterno suplente.

El objetivo: lanzarnos el balón de uno a otro equipo sin que llegue a tocar el suelo.

Nadie puede pegarle dos veces seguidas, hay que turnarse.

Uno pega un zurriagazo, el otro equipo responde.

Y así vamos recorriendo los tres pisos de la escalera principal de Casa Palomares hasta llegar a la línea de meta: el desván.

Nunca puede tocar el suelo.

Si el balón cae al suelo, pierde el equipo al que le tocaba darle.

Según la leyenda, el fantasma vive en la casa y no le gusta que le molesten.

Hemos hecho una apuesta:

El equipo que pierda... ¡tendrá que pasar toda la noche en la casa encantada!

Y enfrentarse a la maldición, al fantasma y a todo.

¡¡¡Pum!!!

Helena golpea el balón con muchísima fuerza, le pega un tremendo chut.

El eco resuena por toda la casa.

¡¡PUM-Pum-ummm-uuuuuummmmm!!!

Helena con hache es la mejor jugadora del equipo y la que tiene los ojos más grandes de sexto A y de todo el colegio.

Algunos que van de listos dicen que me gusta y que somos novios, pero a mí no me gusta ni Helena ni ninguna otra chica.

Toni salta los escalones de dos en dos, sin dejar de mirar el balón.

–¡Mía, mía! –grita, empujando a Ocho.

Estamos en penumbra, apenas iluminados por la luz de la luna que se cuela por los ventanales rotos.

La madera cruje a cada paso.

Toni salta y golpea de tacón.

¡PA-TA-PUM!

El balón sale disparado hacia el segundo piso.

–¡Vamos, Pakete, que no caiga! –me apremia Camuñas.

Es mi turno.

Recorro la escalera con la vista fija en el balón.

Al llegar al último escalón, tropiezo con un saliente de madera.

Caigo de bruces.

El balón baja a toda velocidad.

Vamos a perder.

Y tendremos que pasar toda la noche allí dentro.

–¡¡¡Nooooo!!! –grita Angustias.

Me doy la vuelta.

Me estiro y, en el último momento, ¡el balón rebota en mi pecho!

¡Uf!

Noto algo pringoso en mi camiseta.

¡El balón está cubierto de telarañas!

¡¡¡Pvaj!!!

Marilyn caza el rebote y arrea un zapatazo que propulsa el balón al tercer piso.

–¡Tuya, Camuñas! –grita Helena con hache.

Parece imposible llegar: el balón va demasiado rápido y está demasiado lejos.

El tercer piso está oscuro como la boca de un lobo.

Pero Camuñas salta los escalones a toda velocidad, salta, salta, salta y...

¡Golpea el balón con el puño!

¡PUM!

¡PAM!

–¡Toma ya! –grita Camuñas–. ¡Soy el mejor portero de mi familia!

Le encanta decir esa frase a todas horas.

Al caer, Camuñas se da un golpetazo contra el suelo, pero sonríe feliz. Lo ha conseguido.

La madera cruje y resuena como si la casa se fuera a hundir.

Cuando el eco se desvanece, se produce un silencio.



Solo se escuchan crujidos a nuestro alrededor.

—¿Dónde está el balón? —pregunta Tomeo, desconcertado.

Camuñas se incorpora en el rellano del tercer piso y mira hacia arriba.

Ante sí tiene otra escalera, más estrecha y empinada, que accede al desván.

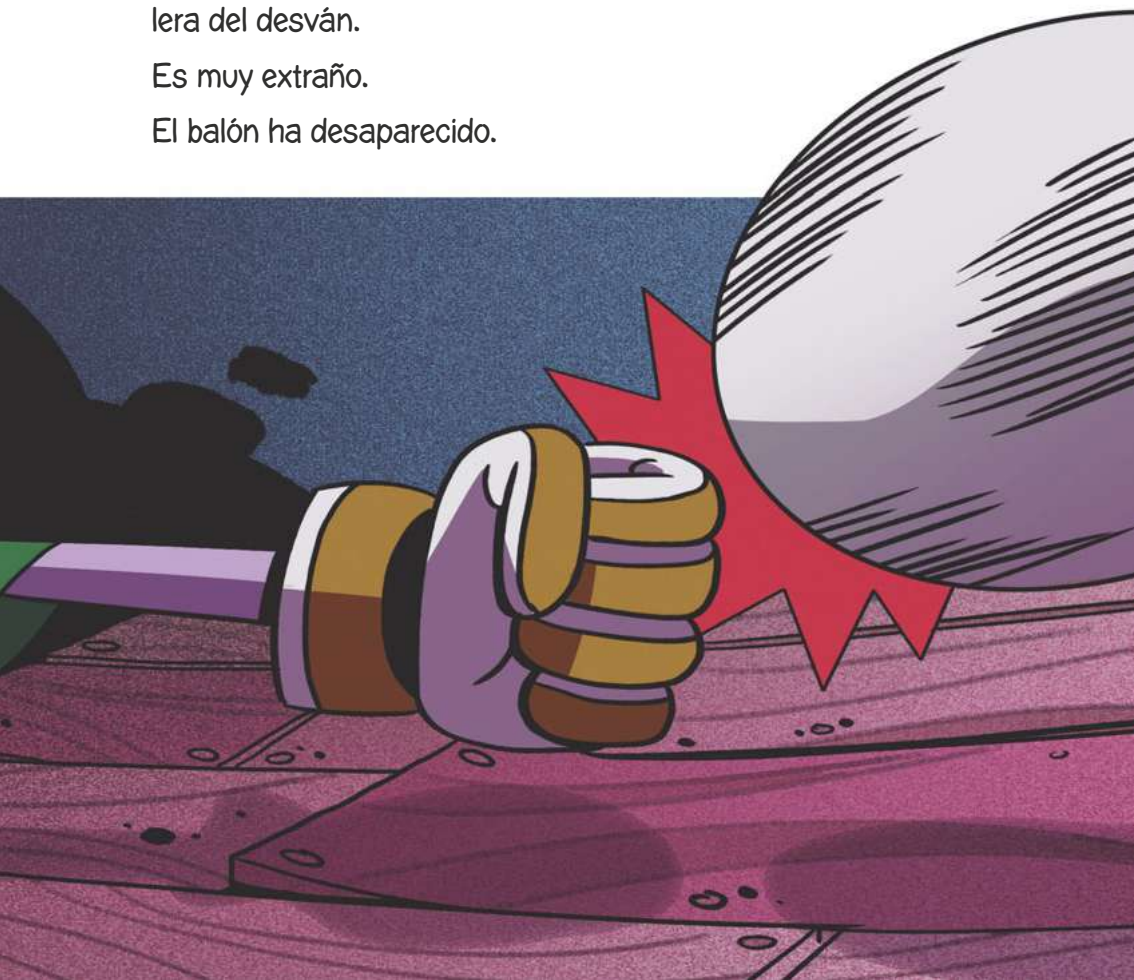
—¿Qué ha pasado con el balón? —pregunta Marilyn.

—Se lo ha tragado la casa —dice Angustias, aterrorizado.

Nos reunimos con Camuñas y observamos con temor la escalera del desván.

Es muy extraño.

El balón ha desaparecido.



Arriba del todo, al final de aquella pequeña escalera cochambrosa, hay una puerta abierta.

Es la puerta del desván.

No se oye nada.

Es como si se hubiera tragado la pelota.

–¿Estás seguro de que el balón salió hacia arriba? –pregunta Helena–. Puede que se haya quedado escondido detrás de algún mueble, o en un hueco de la escalera.

–Está ahí –responde Camuñas, señalando con temor la portezuela abierta del desván.

–Yo creo que es un empate clarísimo –dice Angustias–. Nadie tiene por qué subir al desván. Vámonos a casa, por favor.

–Estoy bastante de acuerdo. ¿Nos vamos corriendo? –propone Ocho.

–De aquí no se va nadie –afirma Toni–. No hay ningún fantasma en Casa Palomares, y os lo voy a demostrar.

Toni da un paso y, al apoyar el pie sobre la escalera, la madera cruje.

Un suspiro colectivo recorre el aire.

–¡Ayyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy!

–Que no ha sido nada –insiste Toni.

Da otro paso y sube el siguiente escalón.

La escalera cruje de nuevo como si se fuera a venir abajo.

–Qué necesidad –se lamenta Angustias–. Toni, no lo hagas. Vuelve. Aunque seas un chupón, te queremos... ¡y eres el máximo goleador del equipo!



Sin embargo, algo nos cierra el paso.

¡Una barrera de sillas tapa la escalera!

–¿Quién ha movido las sillas? –pregunta Marilyn, histérica.

–¡El fantasma! ¡Os lo he dicho! –responde Angustias, aterrado.

–¡Socooooooooorro! –grita Ocho.

–Camuñas, si es otra de tus bromitas... –le amenaza Anita.

–Prometo que yo no he sido –se excusa el portero, aterrificado.

Súbitamente, oímos golpes fortísimos que vienen del desván.

¡PAM!

¡PAM!

¡REPAM!

El techo empieza a temblar.

–¿Qué pasa? ¿Qué es eso? –pregunta Ocho, encogiéndose.

Se oyen golpes y pasos que van y vienen, en el techo, sobre nosotros.

¡¡¡PUM-PUM-PUM-PUM!!!

–¡Vámonos de una vez, por favor os lo suplico! –gime Angustias.

Los golpes del techo son cada vez más fuertes.

¡BUM-BUM-REQUETEBUM!

Las sillas empiezan a balancearse, atrás y adelante, solas.

Las patas delanteras golpean el suelo al mismo ritmo que el sonido del techo.

¡¡¡Pam, pam, pam, pam!!!

¡¡¡PAM, PAM, PAM, PAM!!!

El ruido del techo se desplaza, acercándose a nosotros.

Por el rabillo del ojo veo algo moviéndose a mi alrededor.

Es una especie de luz.

O de sombra.

¡No estoy seguro!

No sé qué forma tiene.

No puedo verlo bien.

Pero es *algo*.

Está cerca, casi encima.

Siento un viento frío en la nuca, que me eriza el pelo.

En ese momento, se oye una voz ahogada, cavernosa, como si le faltara el aire.

-¡¡¡Fueeeee-aaaaaaaaaaa!!! –ordena.

-¿Qué ha dicho, señor fantasma? –pregunta Tomeo.

-¡¡¡FUEEEEE-RAAAAAAAAAAAA!!! –repite la voz.

-¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHH!!! –gritamos los nueve al unísono.

Salimos despavoridos de la casa.

Por puro instinto, agarro el balón.

Al huir y bajar las escaleras, chocamos unos contra otros.

Estamos a punto de caer.

-¡Corre, corre, corre! –grita Toni, que ahora parece el más asustado de todos.

Cruzamos la puerta y atravesamos el jardín sin detenernos.

Desde la valla, me doy la vuelta un instante.

Se vislumbra una figura en la ventana, a contraluz.

Hace un gesto como si nos estuviera diciendo: «¡Largo de aquí!».

